

216

cavilaciones en torno a
Estética de La juventud, de
Andrés Rodríguez Rubio
Joaquín Medín Molina

ANDRÉS RODRÍGUEZ RUBIO.

Estética de la Juventud.

BARCELONA, EDICIONES

BELLATERRA, 2008.



CON *ESTÉTICA DE LA JUVENTUD*¹ EL AUTOR COMPLETA UNA TRILOGÍA de libros dirigidos a públicos diferentes: *Ethica Nova*² a un público universitario, *Ética de la Empresa*³ a un público relacionado con la empresa privada, y el que aquí presentamos que evidentemente va dirigido a la juventud. Interessantemente, en este texto el autor ya nos anuncia su intención de escribir un próximo libro sobre *Estética de la Ancianidad*⁴.

El libro se dirige a la juventud con optimismo, no sólo por lo que la juventud es, sino por lo que puede llegar a ser dada la plasticidad del joven. Dice Rodríguez: “En la juventud pareciera estar más viva que nunca esa necesidad de trascender la cotidianidad de la vida presente para emprender la conquista de una vida superior. Si los sueños tuvieran tamaños serían los más impresionantes, los más robustos. Cada joven es algo semejante a un Quijote iluminado desde adentro por el resplandor de sus sueños”.⁵ Atinadamente nos recuerda que no sólo muchos de los grandes creadores del saber humano eran jóvenes, sino que grandes maestros de la ética tales como Jesucristo y Buda eran jóvenes de menos de 40 años cuando tuvieron sus epifanías morales.

Este optimismo del autor respecto de la juventud me hizo recordar la sentencia lapidaria de Albert Camus cuando exclamó: “Desprecio a los que pudiendo tanto, se atreven a tan poco”. Y es que quienes nos vamos más pronto que tarde de la vida, no dejamos atrás un mundo mejor al que conocimos de jóvenes. Desde un cierto ángulo dan ganas de dar gracias: hemos sido testigos de conquistas morales que parecen irreversibles tal como el ascenso educativo de la mujer y su incorporación progresiva a todas las fases de la actividad económica y también se evitó lo peor que pudo haber pasado (Vg. Conflicto termonuclear global). Desde otro ángulo dan ganas de sentir pena: vivimos una emergencia planetaria en la que convergen varias situaciones

sin precedentes que apuntan no a que estamos destruyendo el planeta, sino que estamos destruyendo nuestra capacidad para sobrevivir en este planeta. La humanidad tiene como nunca antes en la historia los medios para resolver la crisis ecológica global y de penuria social de más de la mitad de la población del planeta pero se niega a tomar las medidas que a corto y a largo plazo vencerían los motivos de alarma, confrontación y amenaza a nuestra supervivencia. Es como decía Albert Schweitzer, “el ser humano ha aprendido a dominar la naturaleza mucho antes de haber aprendido a dominarse a sí mismo”. Estamos viviendo el momento de mayor desarrollo científico y técnico de la humanidad junto con un retraso político y moral patético. Por eso, ser joven hoy es más desafiante que nunca antes y requiere que se potencie al máximo ese talante audaz y soñador de la juventud que Rodríguez Rubio puntualiza en su libro.

La necesidad de volver a la filosofía y en particular a la filosofía moral es urgente, pues nuestra mayor tragedia es no saber qué hacer con nuestra vida individual en un mundo que vive en estado de emergencia. La filosofía moral es el arte de explicar el mundo moral con honestidad. Así como la razón científica nos ayuda a distinguir entre lo posible y lo imposible, la filosofía moral nos debe ayudar a distinguir entre lo sensato y lo insensato y, de esa manera, puede ayudarnos a vivir mejor. Aporta además un valioso servicio público: liberar a la ética del secuestro a que ha sido sometida históricamente por la religión. Secuestro que ha llevado a la percepción tan popular como errónea de que la ética se adquiere necesariamente como parte de un adoctrinamiento religioso. Aunque Rodríguez admite la posibilidad que una ética sin religión sea “una calle sin salida”⁶ y que incluso al final de su libro hace una incursión en la que enlaza la ética con la teología, más del 90% del texto se inserta afortunadamente dentro de la tradición filosófica que reivindica una ética autónoma respecto de la religión. Y digo afortunadamente porque sólo una ética con plena autonomía de la religión, como fue la ética en su origen en Grecia, puede llegar a ser verdaderamente ecuménica; que es lo que reclama nuestro tiempo.

¿Qué es, y cómo se construye la vida buena, la vida de gratificación diferida) en contraste con su opuesto la llamada buena vida (la vida de gratificación inmediata)? Ese es el problema central que trata este libro. La intención del autor no es brindarnos un recetario de prescripciones morales o un manual de autoayuda sino una invitación a la juventud a un “uso sensible de la libertad que nos constituye como humanos”, es una invitación a “trabajar con uno mismo para construir la vida buena”. Si la sabiduría consiste no en la cantidad de conocimientos que poseemos sino en lo que en cada caso particular hacemos con ese conocimiento para acrecentar la calidad de nuestra vida individual y colectiva, sucede que a muchos nos suele faltar la sabiduría para distinguir entre la vida buena y la buena vida.

El libro nos lleva a un “tour” inspirador en el que somos hábilmente conducidos a examinar más de dos milenios del pensar filosófico sobre la vida buena desde la Grecia clásica hasta el mundo contemporáneo. El autor no pretende ser un guía experto, pues nadie es experto en ser un buen ser humano, sino un guía honesto que nos brinda el fruto filtrado y destilado de sus estudios y reflexiones de toda una vida. Como se busca tener lectores y no comentaristas, se busca, y generalmente se consigue, la claridad expositiva. No hay aquí explicaciones de lo oscuro por lo todavía más oscuro, como sucede con demasiada frecuencia en algunos textos filosóficos. La lectura es amena y sus 19 capítulos divididos en tres partes no tienen necesariamente que leerse en secuencia. Los capítulos son de corta extensión y todos cierran con una cita moderadamente extensa de algún texto pertinente al tema. Las citas al final de los capítulos, de por sí, conforman un libro paralelo y deben servir de guía valiosa al lector que se sienta provocado a profundizar en los temas. Cabe destacar también, que se hace referencia a una muestra cuidadosamente seleccionada de películas y ocasionalmente, además, se comentan su pertinencia al asunto en discusión.

Rodríguez define vida buena como la vida lo más cercana posible a la felicidad. Su tesis central es que ser bueno es la única forma de ser feliz. A la vida buena se le reconoce porque resulta mejor cuando se le conoce. En diversas partes del texto se nos reitera que la vida buena no consiste en llegar a la plenitud de la felicidad sino a la mayor felicidad posible dentro de las circunstancias. Traducido al lenguaje de un científico, esto equivale a decir que la vida buena es la condición que alcanzamos cuando resolvemos un problema de optimización con restricciones en el que la propiedad optimizada es una cualidad no cuantificable que designamos como felicidad. Ahora bien, no puede haber vida buena individual sin vida buena colectiva. De ahí que ser felices hasta donde se pueda va acompañado del deber de ayudar a otros a lograr la mayor felicidad posible⁷.

Siguiendo a Foucault y a otros pensadores, Rodríguez Rubio nos propone que la vida buena no es un don que viene gratuitamente de Dios o algo que sucede por suerte sino que requiere y merece ser construida con el esfuerzo y esmero que el artista construye una obra de arte⁸. De ahí el título del libro *Estética de la Juventud*. La vida buena es inseparable de la vida bella y la unión de ambas es lo que produce la vida feliz. En consecuencia vivir es proyectar y la vida buena debe verse como un proceso de construcción similar a un proyecto artístico que dura toda la vida. Respecto de la vida buena vale pues el dicho de que todo lo que vale cuesta trabajo y esfuerzo; aunque la recíproca es falsa: no todo lo que cuesta trabajo y esfuerzo vale la pena.

Se nos plantea que una condición necesaria para la vida buena es forjar un carácter virtuoso. Las virtudes, que etimológicamente aluden a aquellos rasgos que fortalecen el carácter, son aquellas cualidades que nos predispo-

nen a la vida buena. Siguiendo a Aristóteles, nos dice que es más fácil forjar un carácter vicioso que virtuoso pues lo primero no cuesta mayor esfuerzo mientras que lo segundo lo demanda o exige. Nuestra tendencia al placer y a rechazar el dolor hace que sea más fácil ser pervertido que decente porque, como norma, el esfuerzo es menos placentero que el no esfuerzo.

Según Rodríguez Rubio, la tarea de forjar un carácter virtuoso no es transferible cuando plantea que “lo real y racional es que sólo el sujeto mismo puede formar su carácter”. En consecuencia “la educación no hace a la gente moral pero puede y debe invitar a la gente a que lo sea presentando ejemplos contagiosos de conducta moral. La formación del carácter moral debe verse como un proceso de autoeducación que puede ser asistido u obstaculizado por la educación formal”.⁹ Si aplicamos ésto a la educación universitaria podemos inferir que se debe venir a la Universidad no sólo ni meramente en búsqueda de una nueva manera de ganarse la vida, sino para hacer posible una nueva manera de vivir la vida. La Universidad a su vez tiene el deber de alentar y asistir en esa búsqueda personal del estudiante.

Se sabe que el 70% del estudiantado universitario de la UPR de hoy trabaja. La sociedad de consumo conspicuo que vivimos lleva a los estudiantes a endeudarse y por ende a trabajar para pagar sus deudas y financiar su consumo. Para muchos de esos estudiantes, la universidad se está convirtiendo en un “part time” y en esa misma medida su compromiso con los estudios es menor que antes. El bachillerato se torna entonces en un instrumento para gestionar un trabajo que les permita ser mejores consumidores. Uno tiene la esperanza que la lectura de un libro como éste pueda incitar a un joven a replantearse si estudia para ser mejor o para tener más. Un replanteamiento que lo pueda llevar a pensar que trabajar para consumir cosas, que le han hecho creer que son necesarias, no puede ser el ideal superior de vida. Reconocer esto se está tornando en una cuestión de supervivencia pues como ya aceptan buena parte de las personas mejor informadas del mundo, a menos que logremos estabilizar la población humana y lograr niveles sustentables de consumo, la mejor ciencia y tecnología no podrá salvarnos¹⁰

En el libro se dedica un capítulo a reflexionar sobre las virtudes y otro capítulo con el sugestivo título de “El trabajo sobre sí mismo” a reflexionar sobre la contrapartida de las virtudes: los vicios. Allí se discute la intemperancia, la envidia, la codicia, los celos, la cobardía, la indiferencia social, el egoísmo, la soberbia, la pereza, la intolerancia, la charlatanería, la ira y el odio. Se propone que la virtud depende de la capacidad calculadora de la razón, una capacidad que no es cuantitativa, pero que permite hallar la justa medida en las acciones. De las virtudes discutidas tales como la templanza, la prudencia, la generosidad, la veracidad, la disciplina, la solidaridad y la justicia se destaca la prudencia como la virtud primordial; virtud que comprende a todas las demás tal y como pensaron Epicuro y Descartes. Ejercer la

prudencia conlleva reflexionar y/o consultar antes de decidir en búsqueda de evitar que nuestras respuestas sean deficitarias o excesivas.

La noción de prudencia como virtud primordial, suscita una cuestión interesante que ilustraré con un ejemplo tomado de un análisis hecho recientemente por el famoso economista Paul Krugman, de la tendencia actual del mundo hacia una depresión económica (The New York Times, Noviembre 14, 2008). Plantea Krugman¹¹ que en tiempos normales la prudencia en las decisiones públicas es algo bueno. Sin embargo, en el momento actual es mucho mejor equivocarse tratando de hacer demasiado que equivocarse haciendo muy poco para estimular la economía desde el gobierno. El riesgo de hacer demasiado es agudizar el déficit y desatar la inflación, pero los bancos centrales de los países tienen en ese caso la opción de aumentar las tasas de interés para moderar esos problemas. En cambio, si el estímulo gubernamental es insuficiente es muy poco lo que se puede hacer para compensar. De suerte que cuando hay una economía en depresión la prudencia convencional es una insensatez. De paso, él piensa que el plan antirecesivo recién aprobado en Estados Unidos peca de prudencia excesiva. Este argumento sugiere que la virtud a la que la tradición filosófica le da mayor prominencia entre las virtudes, no necesariamente contribuye a la vida buena, al menos a nivel colectivo. Rodríguez Rubio, no objeta esto y admite que no sólo el resultado de su ejercicio sino el sentido mismo de la prudencia, dependen de las circunstancias en que se ejerce la libertad de elección. El asunto es más importante de lo que a primera vista parece porque la posibilidad de una depresión económica palidece frente a la inminente crisis del crédito ecológico del planeta, la que también probablemente exija que nos apartemos de la prudencia convencional.

Mención aparte merecen las interesantes disquisiciones sobre el vínculo indisoluble de la vida buena con el amor, la amistad y el sufrimiento que aparecen en los capítulos siete, dieciséis y dieciocho, respectivamente. A mi juicio, estas, por sí solas, justifican que se adquiera el libro. Se nos dice que “la vida buena no es sólo asunto de racionalidad sino también de corazón”. El autor nos hace consciente de que no tenemos porqué estar escasos de maestros ni de auténticos amigos virtuales. Las bibliotecas están llenas de ellos, se esconden en los libros. También nos propone que no pretendamos eliminar el sufrimiento del ámbito de la vida buena como suelen pretender los libros de autoayuda. Si bien es cierto que a nadie le gusta sufrir, la verdad es que el sufrimiento es parte de “los catarros” que nos reserva la vida y que nos genera por tanto “los anticuerpos” que nos templan el carácter.

La lectura de este libro me reafirma en mi convencimiento de que la racionalidad unida a la decencia moral son los dos instrumentos más poderosos que disponemos los humanos para lograr la vida buena, la única vida que a fin de cuentas vale la pena vivir. También reafirma mi convencimiento de que

una educación en las humanidades que nos ayude a lidiar con la cuestión de para qué vivimos no debe nunca ser vista por los universitarios ni por los que hacen política universitaria como un lujo para minorías.

Para finalizar, quiero consignar que el autor es uno de esos pocos profesores que nos demuestran que no es lo mismo trabajar como profesor que serlo. Rodríguez Rubio lo ha sido porque lo ha profesado y con su obra escrita y docente le ha dado vigencia a la sentencia martiana de que maestro es “aquel que goza en dar vuelo a las alas de la razón”. Por dar vuelo a las alas de la razón y por la vida buena que ha intentado vivir junto a nosotros merecerá siempre ser recordado.

NOTAS

- 1 ANDRÉS RODRÍGUEZ RUBIO. *Estética de la Juventud*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2008.
- 2 _____ . *Ethica Nova*, Publicaciones Puertorriqueñas, San Juan, 1999.
- 3 _____ . *Ética de la empresa*, San Juan, Publicaciones Puertorriqueñas, 2001.
- 4 _____ . *Estética de la Juventud*, p.41.
- 5 IBID, p.44.
- 6 IBID, p.21.
- 7 IBID, p.115.
- 8 IBID, p.245.
- 9 IBID, p.34-35.
- 10 GLOBAL FOOTPRINT NETWORK, *Living Planet Report* , World Wildlife Fund (WWF), 2008.
- 11 PAUL KRUGMAN, “Depression Economics Returns” en *The New York Times*, 14 de noviembre 2008, p. A33.